

EL ARTE PERDIDO DE LAS ESCRITURAS

Recuperar el sentido y el valor de los
textos sagrados

—

KAREN
ARMSTRONG

KAREN ARMSTRONG

EL ARTE PERDIDO DE LAS ESCRITURAS

Recuperar el sentido
y el valor de los textos sagrados

Traducción de
Antonio Francisco Rodríguez Esteban

Título original: *The Lost Art of Scripture*, de Karen Armstrong
Publicado originalmente en inglés por The Bodley Head, un sello editorial de Vintage

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Karen Armstrong, 2019

© de la traducción, Antonio Francisco Rodríguez Esteban, 2020

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2020

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3659-1

Fotocomposición: gama, sl

Depósito legal: B. 748-2020

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Introducción	13
--------------------	----

Primera parte
COSMOS Y SOCIEDAD

1. Israel: recordar para pertenecer	29
2. India: sonido y silencio	61
3. China: la primacía del ritual	83

Segunda parte
MYTHOS

4. Nueva historia, nueva identidad	111
5. Empatía	141
6. Lo desconocido	177
7. Canon	205
8. <i>Midrash</i>	229
9. Encarnación	255
10. Recitación e <i>intentio</i>	281
11. Inefabilidad	327

Tercera parte
LOGOS

12. <i>Sola scriptura</i>	361
13. <i>Sola ratio</i>	409
Epílogo	483
Agradecimientos	517
Glosario	519
Bibliografía	549
Notas	581
Índice onomástico y de materias	615

CAPÍTULO 1

Israel: recordar para pertenecer

La caída de Adán y Eva es una de las historias más célebres de la Biblia hebrea. Yahvé, el creador divino, situó a los primeros seres humanos en el Edén, donde había «toda clase de árboles hermosos para la vista y buenos para comer; además, el árbol de la vida en mitad del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y el mal». ¹ Pero Yahvé advirtió seriamente a Adán: podía comer los frutos de todos los árboles a excepción del árbol del conocimiento, «porque el día en que comas de él, tendrás que morir». ² Por desgracia, Eva sucumbió a la tentación de la serpiente, y ella y Adán fueron condenados a una vida de duro trabajo y sufrimiento que solo podía acabar con la muerte.

Esta historia está tan profundamente arraigada en la conciencia judeocristiana que quizá resulta sorprendente saber que en realidad está inmersa en las tradiciones de la sabiduría mesopotámica que encarnaba los ideales éticos que unían a la aristocracia gobernante. ³ La civilización tuvo su origen en Sumeria, en lo que ahora es Irak, en torno al 3500 a. C. Los sumerios fueron los primeros en requisar el excedente agrario producido por la comunidad en la fértil llanura entre los ríos Tigris y Éufrates y crear una clase gobernante privilegiada. Hacia el 3000 a. C. había doce ciudades en la llanura mesopotámica, sostenidas gracias a la producción de los agricultores de la campiña circundante. Los aristócratas sumerios y sus sirvientes —burócratas, soldados, escribas, mercaderes y criados— se apropiaron de entre la mitad y dos tercios de la cosecha recolectada por los campesinos, que quedaron reducidos a la servidumbre. ⁴ Nos han legado registros fragmentarios de su miseria: «El pobre está mejor muerto que vivo», se lamentaba uno. ⁵ Sumeria diseñó el sistema de desigualdad estructural

que prevaleció en todos los Estados hasta el periodo moderno, cuando la agricultura dejó de ser la base económica de la civilización.⁶

Sin embargo, Adán y Eva vivieron al principio de los tiempos, antes de que la tierra produjera cardos y zarzas y los seres humanos tuvieran que luchar para —con el sudor de su frente— obtener alimento de un suelo recalcitrante. Su vida en el Edén era idílica hasta que Eva conoció a la serpiente, descrita como *arum*, el más «sutil», «astuto» y «sabio» de los animales. «¿De veras ha dicho Dios que no podéis comer de uno de los árboles del jardín?», le preguntó la serpiente. Eva replicó que solo les había sido prohibido el árbol del conocimiento, so pena de una muerte inmediata. La predicción de lo que según la serpiente *arum* les sucedería a Adán y Eva se basó en gran medida en la terminología de la sabiduría sumeria: «¡No! ¡No moriréis! Dios sabe que el día en que comáis de él vuestros ojos se abrirán y seréis como dioses, y conoceréis el bien y el mal». Evidentemente, Eva sucumbió: quería trascender lo humano y asemejarse a la divinidad. Sin embargo, la pareja no murió después de comer la fruta prohibida, tal como Yahvé había amenazado. Al contrario, como prometió la serpiente, «los ojos de los dos se abrieron»⁷, palabras que recuerdan la exclamación de un estudiante mesopotámico a su maestro:

¡Maestro divino, que [das forma a la] humanidad, eres mi dios!
Has abierto mis ojos como si fuera un cachorro;
has dado forma a la humanidad en mi interior.⁸

Para este estudiante, la «divinidad» no era «sobrenatural» sino un perfeccionamiento de su naturaleza bárbara y, por lo tanto, subhumana. Pero el conocimiento del bien y del mal hizo que Adán y Eva se avergonzaran de su humanidad desnuda y natural, por lo que «el Señor Dios hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió»,⁹ una inversión del incidente relatado en la *Epopéya de Gilgamesh*, en la que Enkidu, el hombre primigenio, alcanza la plena humanidad cuando se pone la ropa exigida por la vida civilizada.

El autor bíblico se inspira en estos motivos mesopotámicos de una forma inconfundible y quizá irónica, pero este relato, ubicado al principio de la Biblia, evidencia que la sagrada escritura no procede directamente del cielo, sino que es un artefacto humano, anclado en los presupuestos de una cultura compartida por personas no bendecidas

por la revelación divina. Este relato enigmático también demuestra que la escritura sagrada no siempre ofrece una enseñanza clara e inequívoca, sino que a menudo nos deja perplejos y desorientados. En el primer capítulo de la Biblia, Dios pronuncia reiteradamente la «bondad» de toda la creación, pero se nos dice específicamente que la serpiente, que alienta a Eva a desobedecer, es parte de la creación divina.¹⁰ ¿Acaso el potencial para el desorden y la rebelión subyacen en el corazón del ser, y es, por lo tanto, «bueno»? ¿Y por qué Yahvé escatimó la verdad, diciéndole a Adán que moriría el día en que comiera la fruta prohibida? El autor bíblico no responde a estas preguntas, y veremos que judíos y cristianos interpretarán esta asombrosa historia de una forma sorprendentemente diferente.

No se trata de un caso aislado de influencia mesopotámica en la escritura sagrada hebrea. Existen, por ejemplo, obvios paralelismos entre las tradiciones legales y de pactos israelita y mesopotámica.¹¹ La literatura épica de ambos pueblos habla de un Gran Diluvio que inundó el mundo entero en los tiempos primordiales; y la historia de Moisés, cuya madre lo ocultó de los funcionarios del faraón entre juncos, se asemeja mucho a la leyenda de Sargón, que en el tercer milenio antes de Cristo gobernó el primer imperio agrario, en lo que en la actualidad es Irak, Irán, Siria y Líbano. Y lo que resulta más significativo, la preocupación por la igualdad y la justicia social, que resultaría esencial a las escrituras sagradas monoteístas del judaísmo, el cristianismo y el islam, no era exclusiva de Israel ni el resultado de una revelación divina especial. Aunque la economía agraria dependía de la supresión del noventa por ciento de la población, la protección del débil y del vulnerable era una preocupación común en el antiguo Próximo Oriente.¹² Los reyes sumerios insistían en que la justicia para el pobre, el huérfano y la viuda era un deber sagrado decretado por el dios sol Shamash, que escuchaba atentamente sus súplicas de ayuda. Más tarde, el Código del rey Hammurabi, que fundó el Imperio babilonio en Mesopotamia (y que reinó entre 1728 y 1686 a. C.), decretó que el sol solo brillaría sobre el pueblo si la aristocracia no oprimía a sus súbditos; en Egipto, el faraón tenía que ser justo con sus súbditos porque Ra, el dios sol, era el «visir del pueblo».¹³ Todo esto reflejaba una acuciante incomodidad con la injusticia inherente al estado agrícola y también, quizá, un intento de distinguir al rey «compasivo» de los funcionarios que implementaban la política. No parece que haya

existido una solución al dilema moral de la civilización. En la *Epopéya de Gilgamesh*, la gente del pueblo se queja de la crueldad de su monarca, pero cuando los dioses plantean el caso a Anu, la divinidad suprema, este sacude la cabeza con tristeza, pero no puede cambiar ese sistema crónicamente desigual.

Adán y Eva violaron un acuerdo formal con Yahvé, lo cual también expresa el gran temor de Oriente Medio a la ruptura de un contrato sagrado. Es el «pecado original». El tema del pacto divino, que dominaría la Biblia hebrea, se impuso en el antiguo Oriente Medio desde la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo.¹⁴ Los escribas de Egipto también crearon un programa para educar a la juventud de la élite en la ideología que uniría a la sociedad y le otorgaría una ética distintiva. Los egipcios la llamaron «Maat», que significa «verdad, equidad, justicia», y esta exigía que un individuo pensara en los demás y que se adhiriera a lo que a menudo se conoce como Regla de Oro, que se traduce básicamente en tratar a los demás como nos gustaría que nos trataran a nosotros; aunque esto no se aplicaba a los campesinos que se afanaban en los campos.

Sin embargo, Maat no se impuso naturalmente a los seres humanos. Tuvo que ser cultivada a través de la «memoria cultural», que consistía en un conjunto de recuerdos, relatos del pasado y visiones del futuro que crearon una conciencia comunal. Para formar una sociedad cohesionada, los individuos cultivaron deliberadamente esta memoria, ideando rituales que les permitían tenerla siempre presente.¹⁵ En el mundo antiguo, las normas ideales tendían a remontarse a un pasado muy remoto y se encarnaban en individuos tan notables como Gilgamesh, el antiguo rey sumerio cuyas hazañas se celebraban en la gran epopeya mesopotámica. No era un ejercicio de nostalgia sino una llamada a la acción: un ideal antaño alcanzado podría volver a lograrse de nuevo. Por lo tanto, el pasado era un «presente» factible, un proyecto para cada generación.¹⁶ En Mesopotamia, Fenicia y Egipto, la juventud aristocrática era sometida a un proceso educativo que inscribía en sus mentes y corazones textos fundamentales, como la *Epopéya de Gilgamesh*, junto con proverbios, himnos, destacados tratados históricos y relatos sobre el principio de los tiempos.

Aunque estos textos primordiales habían sido escritos, primero tenían que haber sido profundamente grabados en la psique de la clase dirigente, que estaba a cargo de la precaria economía agraria. Nues-

tra expresión «escritura sagrada» implica un texto escrito; y, desde la invención de la imprenta, la alfabetización se ha extendido y es muy común, y la lectura es una actividad solitaria y silenciosa. Pero en el mundo antiguo, los manuscritos solían ser pesados, poco manejables y casi ilegibles; los antiguos manuscritos griegos, por ejemplo, se redactaron en mayúsculas y sin espacios entre las palabras.¹⁷ En Mesopotamia, las tablillas cuneiformes de arcilla a menudo eran tan pequeñas que resultaban extremadamente difíciles de descifrar. No fueron concebidas para facilitar una lectura inicial, sino que funcionaban como una partitura musical para un intérprete que ya conociera la pieza. Se daba por sentado que un lector que examinara el texto de la *Epopéya de Gilgamesh* o la *Ilíada* de Homero ya se lo sabía de memoria. Una versión escrita solo podía aportar un punto de referencia permanente para la memorización y la transmisión de los textos que formaban parte de la sociedad.¹⁸ Por lo tanto, los estudiantes no memorizaban un texto a partir de un manuscrito; se recitaba, cantaba o entonaba hasta que ellos pudieran repetirlo literalmente.

En Mesopotamia y Egipto, la tradición cultural era preservada en la mente y el corazón de los escribas, que mantenían unida a la sociedad y tenían «bibliotecas en la cabeza». En cuanto que estudiantes, se les exigía recitar esos textos clave con exactitud impecable, a fin de poder transmitirlos fidedignamente a la siguiente generación: «Eres un hábil escriba en la mente de tus compañeros», leemos en una antigua sátira egipcia, «y la enseñanza de todo libro está inscrita en tu mente».¹⁹ Las escuelas de escribas eran pequeñas y se basaban en la familia. Un padre instruía a su hijo en las tradiciones de la sabiduría, pero, debido al elevado nivel de mortalidad de la época, también aceptaba a otros alumnos. El objetivo no era enseñar hechos, sino introducir los valores de la clase gobernante en la mente del estudiante hasta que este encarnara la ética que impregnaba la sociedad. Entonces se convertía en un ser humano «civilizado». Una adivinanza mesopotámica describe la función de la escuela de escribas:

Uno entra con los ojos cerrados,
uno sale con los ojos abiertos.²⁰

Los estudiantes consideraban a sus maestros «dioses», porque les habían permitido «alcanzar la humanidad», lo cual no implicaba que

su educación los hubiera vuelto humanos y compasivos. A diferencia de las masas campesinas, juzgadas como una especie inferior, solo los estudiantes profundamente instruidos en la ética de la aristocracia sumeria eran considerados humanos de pleno derecho. Los estudiantes no eran educados para pensar por sí mismos; la supervivencia de la precaria civilización sumeria exigía una total e incuestionable conformidad a las *mores* de la clase dirigente, que había de convertirse en una segunda naturaleza para todo joven aristócrata y escriba. Esta supuesta «humanidad» se encarnaba más plenamente en la persona del monarca, reverenciado como sabio preeminente.

Así pues, la escritura se asociaba al poder y la coerción. En sus inicios, el alfabeto cuneiforme se desarrolló para registrar los impuestos extorsionados al campesinado, y promovió el proyecto de sometimiento y centralización política. La escritura permitía a un gobierno comunicarse a distancia; era útil para el comercio, las transacciones estatales y las cuestiones legales. Pero ningún Estado tenía los recursos o los incentivos para alfabetizar al pueblo. Durante siglos, mucho después de la invención de la escritura, la transmisión oral de la tradición siguió siendo la norma.²¹ A los escribas se les pedía transformar a los estudiantes iletrados en «infiltrados» a través de un adoctrinamiento anestésico que los convertiría en sujetos dóciles y obedientes.²² Normalmente el aprendizaje se ejercía por medio del castigo corporal, y la mente de los estudiantes se quebrantaba gracias a la experiencia embrutecedora de la memorización de textos que impartían una información obsoleta, tediosa y aparentemente irrelevante en antiguo sumerio, una lengua que con el tiempo se tornó tan arcana que era prácticamente incomprensible.²³

Sin embargo, este implacable régimen no siempre restringía la creatividad. A un escriba especialmente dotado se le podía pedir abordar cuestiones actuales transformando y adaptando las antiguas tradiciones. Incluso se le permitía insertar nuevo material en las historias y la literatura de la sabiduría del pasado. Esto nos plantea una cuestión relevante en la historia de la escritura sagrada. Hoy tendemos a concebir un canon de escritura sagrada como irrevocablemente clausurado y sus textos como sacrosantos, pero descubriremos que en todas las culturas los textos sagrados eran una obra en construcción, que se adaptaba constantemente a las nuevas condiciones. Así ocurría en la antigua Mesopotamia. A un escriba excepcionalmente avanzado

se le permitía improvisar —en realidad, se esperaba eso de él—, y esto permitió a la cultura mesopotámica sobrevivir a la desaparición de las dinastías sumerias originales y orientar los ulteriores regímenes acadio y babilonio injertando lo nuevo en lo viejo. El *Enuma Elish*, antiguo himno sumerio de la creación, se adaptó para culminar en la fundación de la Babilonia de Hammurabi. Más tarde, los escribas compusieron una versión del himno que alcanzaba su punto culminante en Acad, la capital de Sargón. También añadieron material que transformaba la epopeya de Gilgamesh en un texto acadio, a la vez que la epopeya acadia que celebraba el reinado de Sargón se inspiraba libremente en antiguos relatos sumerios. Los escribas no se limitaban a «citar» obras anteriores, ni se trataba de una operación de «cortar y pegar». Habían memorizado los textos tan a fondo que se habían convertido en elementos constituyentes de su propio pensamiento; como un músico de jazz, improvisaban con el material que ya formaba parte de su propio ser e ideaban nuevos textos que apelaban al presente.²⁴

Egipto tendió a especializarse en textos de sabiduría que fomentaban la figura de Maat. El objetivo era, también en este caso, crear una sociedad cohesionada evitando que la clase gobernante promoviera sus propios intereses a expensas de los demás. La sabiduría egipcia vinculaba el éxito a la conducta virtuosa y el castigo a la transgresión. Como en Mesopotamia, la educación de la élite implicaba la memorización y el recitado de textos, que seguramente fueron musicados, cantados o salmodiados. El escriba animaba a sus estudiantes a «escuchar» estas máximas bellamente compuestas, a llevarlas «en el corazón» y experimentarlas de forma visceral. Las «Instrucciones de Amenemope», reproducidas en la Biblia hebrea, nos brindan el sabor de aquellas enseñanzas orales destinadas a fomentar Maat:

Escucha y haz caso a las sentencias de los sabios,
 presta atención a mis enseñanzas;
 te gustará guardarlas dentro,
 tenerlas a punto en tus labios.
 Para que pongas tu confianza en el Señor,
 he pensado instruirte hoy [...].
 No explotes al pobre por ser pobre,
 ni atropelles al desgraciado en el tribunal;
 porque el Señor defenderá su causa,

y despojará de la vida a los que lo despojan.
 No tengas trato con el iracundo,
 ni busques la compañía del violento.²⁵

Durante el siglo XVI a. C., tribus beduinas, a las que los egipcios llamaban hicsos («jefes de tierras extranjeras»), lograron establecer su propia dinastía en la zona del delta. Por último, los egipcios los expulsaron, pero después de esta experiencia, Egipto, hasta entonces un Estado agrario relativamente pacífico, se tornó más belicoso. La conquista imperial parecía la mejor defensa, por lo que aseguró su frontera sometiendo a Nubia en el sur y el litoral de Canaán, que se convertiría en la tierra de Israel, en el norte. Los gobernantes de las ciudades-Estado del sudeste de Canaán estaban, por lo tanto, sometidos a los funcionarios egipcios que habían educado a la clase dirigente cananea. A mediados del segundo milenio antes de Cristo, Oriente Medio estaba dominado por invasores extranjeros. Las tribus casitas del Cáucaso tomaron el control del Imperio babilonio (aprox. 1600-1155 a. C.); una aristocracia indoeuropea creó el Imperio hitita en Anatolia (1420 a. C.); y los mitanni, otra tribu aria, controló la Gran Mesopotamia a partir del 1500 a. C. hasta que a su vez fueron conquistados por los hititas de la región oriental del Tigris. Por último, los asirios, emergiendo en la misma región, conquistaron los antiguos territorios mitanni de los hititas y se convirtieron en el poder económico y militar más formidable de Oriente Medio.

No obstante, en torno al 1200 a. C., las civilizaciones de Oriente Medio sucumbieron a una Edad Oscura, durante la que el pueblo conocido como Israel emergió en Canaán. No sabemos exactamente qué sucedió —un repentino cambio climático arruinó acaso la economía agraria local—, pero independientemente de la causa, los puertos cananeos de Ugarit y las ciudades de Megiddo y Hazor fueron destruidas, y Egipto se vio obligado a renunciar al control de las ciudades-Estado de la llanura costera de Canaán. Tras la marcha de los gobernadores egipcios, una ciudad cananea tras otra colapsó, y los desesperados refugiados vagabundearon por la región.²⁶ A medida que se desintegraban las ciudades-Estado, pudo haber conflictos entre los aristócratas y los campesinos, de cuyas cosechas dependía la economía, y las aristocracias locales sin duda se enfrentaron unas a otras para cubrir el vacío de poder dejado por los egipcios al marcharse.

Sin embargo, durante aquellas revueltas aparecieron nuevos asentamientos en las montañas cananeas. Hasta entonces, este territorio yermo no había sido apto para la agricultura, pero los recientes avances tecnológicos habían facilitado los asentamientos y el almacenamiento de agua. No hay evidencias de que aquellos colonos de la montaña fueran extranjeros: la cultura material de estos poblados es sustancialmente la misma que la de la llanura costera, por lo que los arqueólogos han llegado a la conclusión de que probablemente fueron fundadas por nativos cananeos que huyeron de las ciudades en decadencia.²⁷ Una de las pocas opciones que tenían los campesinos para mejorar su suerte era desaparecer cuando las circunstancias eran insoportables y convertirse en fugitivos económicos.²⁸ El caos político de la Edad Oscura permitió a los campesinos cananeos perpetrar un éxodo desde las ciudades en desintegración y fundar una sociedad independiente, sin temor a las represalias aristocráticas. Ya en el año 1201 a. C., cuando los gobernadores egipcios de las ciudades-Estado cananeas se vieron obligados a pedir refuerzos militares a Egipto, las montañas eran el hogar de unas ochenta mil personas, y una estela egipcia menciona a «Israel» como uno de los pueblos rebeldes vencidos por el faraón Merneptah. Los textos bíblicos señalan que «Israel» estaba formado por muchos grupos locales, que se unieron en aras de la autodefensa.²⁹ Quienes provenían de la región del sudeste de Canaán trajeron consigo a su dios Yahvé, y sus tradiciones acabaron siendo dominantes en Israel.³⁰ Sin embargo, como los campesinos cananeos que habían huido de las ciudades-Estado sometidas a Egipto en la costa mediterránea, tenían la vívida sensación de haber «salido de Egipto».

La Biblia sugiere que Israel tenía en poca estima a la ciudad-Estado agraria. Una vez que Adán y Eva fueron expulsados del Jardín del Edén, su hijo Caín se convirtió en el primer granjero, construyó la primera ciudad-Estado y fue el primer asesino.³¹ El Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia hebrea, no se completaron hasta el segundo siglo antes de Cristo. En su forma final, sin embargo, la historia de Israel empieza en torno al 1750 a. C., cuando Yahvé ordenó a Abraham, el ancestro de Israel, abandonar la ciudad-Estado de Ur en Mesopotamia y establecerse en Canaán, donde él, su hijo Isaac y su nieto Jacob (también llamado «Israel») podrían vivir libres del imperialismo agrario. Yahvé prometió que un día sus descendientes poseerían la tie-

rra de Canaán, pero Jacob y sus doce hijos, fundadores de las doce tribus de Israel, se vieron obligados a emigrar a Egipto a causa de la hambruna, y allí fueron esclavizados. Por último, en torno al año 1250 a. C., Yahvé los sacó de Egipto bajo el liderazgo de Moisés. El faraón y su ejército persiguieron a los israelitas en fuga hasta el mar Rojo, donde las aguas se apartaron milagrosamente para dejarlos pasar, mientras que todos los egipcios que los perseguían se ahogaron. Durante cuarenta años, los israelitas vagaron por tierras salvajes hasta que en el monte Sinaí Yahvé les entregó la *torah*, la ley en la que debían basar sus vidas. Moisés murió antes de que su pueblo entrara en Canaán, pero su lugarteniente Josué condujo a los israelitas a la victoria, destruyendo todas las ciudades cananeas y asesinando a sus habitantes.

El registro arqueológico, sin embargo, no confirma esta historia. No hay evidencia de la destrucción masiva descrita en el libro de Josué ni de una gran invasión extranjera.³² La narrativa de la escritura sagrada, empero, no pretende ser un registro exacto del pasado. Los israelitas percibieron una inequívoca fuerza divina operando en su historia. En su declaración de independencia, hicieron algo extraordinario. Los campesinos solían estar condenados a una servidumbre de por vida, pero Israel había desafiado las leyes de la probabilidad y, contra todo pronóstico, no solo sobrevivió sino que prosperó. Quizá llegaron a la conclusión de que esta supervivencia solo podía atribuirse a un poder sobrenatural; «algo» los había marcado para un destino excepcional.

Los israelitas personificaron esta fuerza sagrada que había impulsado su asombrosa apuesta por la libertad. Aún no eran monoteístas; compartían muchas de las tradiciones de sus vecinos y consideraban a Yahvé uno de los «hijos» o «poderes sagrados» de El, el Dios Supremo de Canaán, y miembro de la asamblea divina de El. En uno de los primeros textos de la Biblia hebrea, leemos que al principio de los tiempos, El asignó un «poder sagrado» a cada una de las setenta naciones del mundo y designó a Yahvé como el «poder sagrado» de Israel:

Cuando el Altísimo daba a cada pueblo su heredad,
y distribuía a los hijos de Adán,
trazando las fronteras de las naciones, [...]

la porción del Señor fue su pueblo,
Jacob fue el lote de su heredad.³³

La idea de un consejo divino de dioses iguales tenía sentido tras el colapso de los imperios de Próximo Oriente, porque reflejaba los pequeños reinos —Israel, Edom, Moab, Aram y Amman— que emergieron tras ellos, todos en pie de igualdad pero compitiendo por el suelo cultivable. El término hebreo *Elohim*, normalmente traducido como «Dios», expresaba todo lo que lo divino podía significar para los seres humanos. Los «poderes sagrados» de Próximo Oriente participaban y reflejaban la luminosidad y el esplendor de un poder que trascendía a los «dioses», y no podía vincularse a una única forma distintiva.³⁴ Se trataba de la intuición, propia del hemisferio derecho, de las fuerzas numinosas que impregnan el conjunto de la realidad: una percepción de la relación de todas las cosas que inspiró la pasión empática por la justicia que Israel compartió con las otras sociedades en la región. Más tarde, Yahvé se fusionaría con El, pero en el salmo 82 sigue siendo uno de los «hijos» de El. Aquí ya está empezando a rebelarse, porque a diferencia de los otros «hijos de El», que servían a Estados más ricos y poderosos, él aparece como el defensor de los campesinos oprimidos y aquel que denuncia a los otros dioses en el consejo:

¿Hasta cuándo daréis sentencia injusta,
poniéndoos de parte del culpable?
Proteged al desvalido y al huérfano,
haced justicia al humilde y al necesitado,
defended al pobre y al indigente
sacándolos de las manos del culpable.³⁵

Por lo tanto, Israel y las tradiciones monoteístas a las que dio origen subrayarían la justicia social, pero, a diferencia de las tradiciones de sabiduría de Egipto y Mesopotamia, sus sagradas escrituras se opusieron en un principio a la economía agraria. La Biblia hebrea incorpora cierta legislación temprana que parece haber considerado un tipo de sociedad diferente. En lugar de pertenecer a la aristocracia, la tierra debía ser poseída por el clan familiar; los préstamos libres de intereses a los israelitas en apuros eran obligatorios; los salarios debían remunerarse puntualmente; la servidumbre tenía que ser restringida, y era imperativa una provisión especial para los socialmente vulnerables: huérfanos, viudas y extranjeros.³⁶

En las montañas de Canaán, los *am Yahweh* («el pueblo de Yahvé») formaron, al parecer, una confederación unida por una alianza. Cuando la crisis de la Edad Oscura declinó, tuvieron que competir con sus vecinos por la tierra cultivable, por lo que Yahvé compartió las virtudes marciales de otros dioses de la región, que simbolizaban fuerzas naturales, como Baal, un dios de la tormenta que era fuente de lluvia y fertilidad; Mot, dios de la muerte, la esterilidad y la sequía; y Yam-Nahar, que representaba el mar primordial que amenazaba con inundar las tierras habitadas.³⁷ Pero a diferencia de Baal, Yahvé también intervenía directamente en los asuntos humanos. Algunos de los textos más antiguos de la Biblia hebrea describen cómo abandonaba su santuario en la región del Sinaí y atravesaba el sudeste de Canaán para acudir en ayuda de los pueblos de las montañas:

El Señor vino del Sinaí,
surgió ante ellos desde Seír,
irradió desde el monte Farán,
y con él, diez mil santos,
en su diestra, una ley ígnea para ellos.³⁸

Estos poemas, recitados en los festivales de *am Yahweh*, tal vez reflejan la antigua experiencia de Israel de ser impulsada por una fuerza proverbial y sobrenatural mientras luchaba, contra todo pronóstico, por la independencia.³⁹

Un antiguo himno de batalla cuenta cómo Yahvé ahogó a los perseguidores egipcios en el mar Rojo. El enemigo partió con el propósito de asesinar a sus esclavos huidos, pero Yahvé simplemente alzó su mano y rescató a su pueblo:

Al soplo de tu nariz, se amontonaron las aguas,
las corrientes se alzaron como un dique,
las olas se cuajaron en el mar. [...]
Pero sopló tu aliento y los cubrió el mar,
se hundieron como plomo en las aguas formidables.⁴⁰

Yahvé —continúa el himno— condujo a Israel a tierra segura, mientras los pueblos circundantes, estupefactos, presenciaron su marcha:

Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad,
lugar del que hiciste tu trono, Señor;
santuario, Señor, que fundaron tus manos.
El Señor reina por siempre jamás.⁴¹

Al liberarse del gobierno imperial del Egipto faraónico y adoptar a Yahvé como su rey, los israelitas derrocaron las estructuras políticas fundamentales de la edad agraria. No es de extrañar que sus vecinos temieran a Israel: el hecho de que hordas de siervos lograran establecer una comunidad independiente en las montañas, mientras que los poderosos imperios de Próximo Oriente se hundían, dio al traste con su mundo conceptual. Sin embargo, los temerosos pueblos locales, que en el himno se describen como «descontrolados», «abatidos» y «temblorosos», no eran egipcios; más bien son los vecinos de Israel en Canaán, Filistea, Edom y Moab.⁴²

En este relato de un éxodo de una parte de Canaán a otra se halla el germen de un poderoso *mythos* que eventualmente cohesionaría la Biblia hebrea. Con todo, en estos días antiguos, el Éxodo aún no se había convertido en el mito nacional de Israel, por lo que la Canción del Mar probablemente solo se interpretaba en los santuarios de las montañas del norte, donde Moisés era reverenciado como el gran héroe de Israel.⁴³ Pero el *am Yahweh*, un grupo de pueblos diversos, tenía que convertirse en una nación en la lucha por los recursos de la región, por lo que necesitaba una historia común que los uniera. En su origen, es probable que cada uno de estos pueblos desvinculados celebrara las historias de sus propios ancestros, que eventualmente serían honrados por todo el pueblo de Israel. No obstante, esto no es historia tal como la conocemos. Hasta la invención de los modernos y científicos métodos de datación e investigación arqueológica y lingüística, era imposible registrar acontecimientos pasados con la exactitud que ahora damos por sentada, y no tenía sentido intentarlo. En lugar de intentar un registro factual del pasado, la «historia» describía el sentido de un acontecimiento.

El pueblo de Yahvé, que se había fusionado con El, celebraba acontecimientos formativos y trascendentales que tuvieron lugar en diversos enclaves de las montañas cananeas, en rituales que los vinculaban a su nueva tierra y la sacralizaban. El parece haber sido una fuerza sagrada que se manifestaba en diversas formas en diferentes

ocasiones. Algunas tribus de las montañas del norte honraban a Jacob. Se decía que en Bethel, Jacob tuvo un sueño numinoso de una escalera que unía la tierra con el cielo, y que cuando despertó, dijo: «¡En verdad Yahvé está en ese lugar y yo no lo sabía! Es nada menos que la “casa de Dios” [*beth-el*], es la puerta del Cielo». ⁴⁴ En este punto, El era capaz de manifestarse, de vez en cuando, en forma humana. En Peniel, junto al vado del Jaboc, Jacob luchó toda una noche con un misterioso extranjero, y más tarde advirtió que de algún modo había visto «el rostro de Dios» (*peni-el*). En esta ocasión, Jacob recibió el título de Isra-el («el que lucha con Dios»), que finalmente fue adoptado por todas las tribus del norte de Canaán. ⁴⁵ El hijo predilecto de Jacob, José, cuya tumba estaba en Shechem, fue otro héroe del norte. Pero las tribus asentadas en las montañas del sur, cerca de la ciudad-Estado de Jerusalén, controlada por los hititas, reverenciaban a Abraham, que había vivido en Mamre y estaba enterrado en Hebrón. No eran cultos rivales; como veremos, se fundieron en una historia común que unió a toda la liga.

Hacia finales del siglo XI a. C., la liga era incapaz de defender sus asentamientos de los poderosos ejércitos de los filisteos, un pueblo indoeuropeo —que probablemente procedía del Egeo— asentado en el Canaán meridional durante la crisis de la Edad de Bronce, en torno al 1175 a. C. Allí gobernaron cinco ciudades-Estado —Gaza, Ashkelon, Ashdod, Ekron y Gath—, con la intención de continuar expandiéndose. Ante esta amenaza militar, los israelitas abandonaron de mala gana su estatus excepcional y fundaron un reino. David, que según la tradición decapitó a Goliat, el gigante filisteo, siempre sería recordado como el rey ideal de Israel, sobre todo por apoderarse de la antigua ciudad-Estado de Jerusalén, en manos de los hititas jebuseos, y convertirla en la capital de un reino que unió a las tribus del norte y del sur en un único sistema político. ⁴⁶ Sin embargo, se dice que su hijo Salomón creó un imperio típico: tenía un ejército de carros, cerró lucrativos negocios armamentísticos con reinos vecinos, y no solo impuso impuestos a los súbditos israelitas, sino que los obligó a trabajar sin remuneración en un masivo programa de construcción. Su proyecto más famoso fue el templo que mandó erigir en Jerusalén siguiendo el modelo regional; sus rituales recibieron el poderoso influjo del culto de Baal, de la vecina Ugarit. ⁴⁷

En una extraña inversión, Yahvé, antaño defensor de los campesi-

nos repudiados y desheredados, se había convertido en el patrón de otro Estado agrario opresivo. Algunos estudiosos han argumentado que, al no haber dejado huellas arqueológicas, el imperio de Salomón nunca existió, pero en la actualidad existe el consenso de que, en torno al año 1000 a. C., la cultura aldeana de las montañas se estaba transformando a gran velocidad en una sociedad «protourbana» más centralizada, que ampliaba sus fronteras y se implicaba en el comercio internacional.⁴⁸ Como otras naciones, la nueva aristocracia de Israel tuvo que crear una clase de escribas y un programa educativo para iniciar a la élite de la juventud israelita en su ética característica. Estos escribas crearon el primer canon oficial de Israel, muy diferente a la Biblia hebrea que tenemos hoy.

Sabemos muy poco de las escuelas de escribas en los reinos de David y Salomón, pero la cultura de escribas posterior en Israel —preservada en los libros de Sabiduría de la Biblia— muestra una inconfundible semejanza con otros sistemas imperiales de la región. El séquito de David incluía al «escriba» del rey.⁴⁹ Al parecer se trataba de un puesto hereditario, ya que sus hijos se convirtieron en escribas de Salomón.⁵⁰ Como los reyes sumerios y egipcios, a Salomón se lo consideraba la quintaesencia del sabio, y los proverbios incluidos en el programa se atribuían a él:

Escucha y haz caso a las sentencias de los sabios,
presta atención a mi enseñanza;
te gustará guardarlas dentro,
tenerlas a punto en tus labios.
Para que pongas tu confianza en el Señor
he pensado instruirte hoy.⁵¹

La instrucción seguía siendo oral. El estudiante tenía que «prestar atención», y, como siempre en el mundo antiguo, esta sabiduría tenía que arraigar hondamente en el *leb*, que significa a un tiempo «mente» y «corazón», mediante la repetición constante. Para que fuese más fácil memorizarlas, quizá estas máximas se acompañaban de música, la más física de las artes; mientras eran entonadas y cantadas, las palabras sagradas reverberarían en el cuerpo y la mente de los estudiantes, hasta el punto de ser absorbidas casi de forma visceral, por el vientre. En otros proverbios, se dice que el alumno tiene un «corazón a la es-

cucha» y un «oído abierto» y que inscribe las sabias palabras de Salomón «en la tablilla de su corazón».⁵² Los breves aforismos rítmicos del libro de los Proverbios en la Biblia hebrea parecen haber sido concebidos para ayudar a la memorización. Como en Mesopotamia y Egipto, los golpes eran parte del proceso educativo.⁵³ Un alumno lamentaba esa humillación ante toda la comunidad de escribas:

¿Por qué rechacé la disciplina,
por qué mi corazón despreció la corrección?
¿Por qué no escuché a mis maestros
y no hice caso a mis preceptores?
Me he encontrado al borde de la ruina
en medio de la asamblea convocada.⁵⁴

El uso constante de términos como «padre» e «hijo» en los Proverbios sugiere que en Israel estas escuelas también tenían una base familiar. El profesor pretendía reproducirse a sí mismo en su alumno a fin de que este adquiriera las virtudes características de un sirviente escriba o un aristócrata fiable: miedo a Yahvé, una lengua disciplinada y respeto al poderoso.⁵⁵

Casi sin ninguna duda, ciertas partes de libro de los Proverbios se incluyeron en el programa. Los himnos y las canciones se utilizaban regularmente en las antiguas escuelas tribales, y muchos de los salmos hebreos también usaban acrósticos o un sistema alfabético como estrategia mnemotécnica. Los salmos de los reyes de la monarquía davidiana, por ejemplo, implantaban la reverencia al rey. En su coronación se decía que Yahvé convertía al nuevo rey en miembro del Consejo Divino, le concedía un asiento honorífico y le prometía someter a sus enemigos:

Oráculo del Señor a mi Señor:
«¡Siéntate a mi derecha
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies!».⁵⁶

Los monarcas de Próximo Oriente tenían estatus divino, por lo que en este salmo Yahvé adopta formalmente al rey: «Eres mi hijo, hoy me he convertido en tu padre».⁵⁷ La Canción del Mar, que descri-

be el paso triunfal de Israel a través del río Jordán, tal vez se incluyó en el plan de estudios, así como el antiguo poema, citado anteriormente, que describía cómo El designaba a Yahvé como dios patrocinator de Israel. La palabra *torah*, frecuentemente traducida como «ley», significa «enseñanza», una instrucción que ha de llevarse en el corazón, ser recitada como «memorial» o «monumento» (*zikkaron*) y estar «en los oídos» de cada generación.⁵⁸

Solo podemos especular sobre el antiguo programa educativo de los jóvenes de las élites, pero todos los israelitas sabían que en el monte Sinaí Yahvé impartió una *torah* escrita a su pueblo. En primer lugar, instruyó oralmente a Moisés, y «cuando dejó de hablar con Moisés en la montaña, Yahvé le entregó las tablas del Testimonio, inscritas con el dedo de Elohim», que las impregnó con el poder divino, de modo que fueran la garantía permanente de una presencia sagrada.⁵⁹ Para los no alfabetizados, la escritura ostentaba un poder numinoso, y la frase «Ha sido escrito» era una sentencia de autoridad divina.⁶⁰ Como hemos visto, la escritura probablemente fue inventada para facilitar la contabilidad, y, según una creencia popular, Yahvé conservaba un «libro» (*sefer*) —o, más exactamente, un «pergamino»— en el cielo, en el que había registrado el destino de cada persona, así como sus actos, tal como haría un escriba.⁶¹

Sin embargo, tuvo lugar una extraña inversión. Yahvé exhortó a Israel a «huir de Egipto» porque era el defensor del campesinado oprimido, pero estas escrituras sagradas fueron concebidas para crear una casta de escribas y una aristocracia plenamente supeditada a la tiranía real de la que Israel pretendía escapar. Ahí donde las canciones y poemas tempranos celebraban el éxodo de *am Yahweh* de la opresión, los proverbios de la Sabiduría presuponían una clase gobernante hereditaria. La intensidad de este método de enseñanza nos dice algo que resultará esencial para toda escritura sagrada: no puede leerse superficialmente, con los ojos deslizándose raudos sobre la página escrita. En cierto modo, su mensaje ha de ser ingerido, inscrito en el corazón y en la mente, y ha de fusionarse con las profundidades del propio ser.

Tras la muerte del rey Salomón en el 928 a. C., las tribus del sur y del norte de Israel se separaron y fundaron reinos independientes. Como otros pequeños Estados en Próximo Oriente, se desarrollaron de forma autónoma mientras no hubo poder imperial en la región.